

YOUTUBE LINK (Sin mirar la pantalla, solamente para escuchar):

<https://www.youtube.com/watch?v=swsmhlI3Piw>

1) Ejercicio de interpretación del cuento

a) ¿Cuáles son los personajes que participan del cuento?

Los personajes del cuento son el buscador y el cuidador del cementerio.

b) Cuéntame lo que comprendiste del texto, parte por parte de toda la historia.

Respuesta personal

c) Dime las secuencias en que puede separarse el relato.

Respuesta personal

d) ¿Cuál es el momento culminante del relato?

El momento culminante del relato se pasa cuando el buscador imagina haber descubierto que el paraíso encontrado era, de hecho, un cementerio de niños y pierde completamente el control de sus pensamientos y emociones.

e) ¿Cuál es el final de cuento?

El final del cuento es el aclaramiento de la situación por parte del cuidador del cementario

f) Señala los elementos del texto referidos al tiempo.

Posibles ejemplos: "dos días de marcha", "8 años, 6 meses, 2 semanas y 3 días", "durante un rato", "El minuto y medio del beso".

g) Señala los elementos del texto referidos a la localización de espacio.

Posibles ejemplos: "la ciudad de Kammir", "colina a la derecha del sendero", " cementerio".

2) Ejercicio de habla libre:

a) ¿Estás de acuerdo que el único tiempo verdadero es el tiempo en que se vive con intensa felicidad y qué solamente ellos deben ser anotados? ¿Por qué?

Respuesta personal

b) Di 3 ejemplos de momentos que escribirías en tu libreta. Explícalos con detalles.

Respuesta personal

c) Comenta qué reflexiones pueden extraerse del cuento.

Respuesta personal

3) Ejercicio de escrita: Reescriba el cuento de "El buscador" en 1ª persona del singular, cambiando todo que sea necesario en el texto.

EL BUSCADOR

Esta es la historia de un hombre al que yo definiría como un buscador...

Un buscador es alguien que busca; no necesariamente alguien que encuentra. Tampoco es alguien que, necesariamente, sabe qué es lo que está buscando. Es simplemente alguien para quien su vida es una búsqueda. Un día, el buscador sintió que debía ir hacia la ciudad de

Kammir. Había aprendido a hacer caso riguroso de estas sensaciones que venían de un lugar desconocido de sí mismo. Así que lo dejó todo y partió.

Después de dos días de marcha por los polvorientos caminos, divisó, a lo lejos, Kammir. Un poco antes de llegar al pueblo, le llamó mucho la atención una colina a la derecha del sendero. Estaba tapizada de un verde maravilloso y había un montón de árboles, pájaros y flores encantadores. La rodeaba por completo una especie de pequeña valla de madera lustrada.

Una portezuela de bronce lo invitaba a entrar. De pronto, sintió que olvidaba el pueblo y sucumbió ante la tentación de descansar por un momento en aquél lugar. El buscador traspasó el portal y empezó a caminar lentamente entre las piedras blancas que estaban distribuidas como al azar, entre los árboles. Dejó que sus ojos se posaran como mariposas en cada detalle de aquel paraíso multicolor. Sus ojos eran los de un buscador, y quizá por eso descubrió aquella inscripción sobre una de las piedras:

Abdul Tareg, vivió 8 años, 6 meses, 2 semanas y 3 días

Se sobrecogió un poco al darse cuenta de que aquella piedra no era simplemente una piedra: era una lápida. Sintió pena al pensar que un niño de tan corta edad estaba enterrado en aquel lugar. Mirando a su alrededor, el hombre se dio cuenta de que la piedra de al lado también tenía una inscripción. Se acercó a leerla. Decía:

Yamir Kalib, vivió 5 años, 8 meses y 3 semanas

El buscador se sintió terriblemente conmovido. Aquel hermoso lugar era un cementerio, y cada piedra era una tumba. Una por una, empezó a leer las lápidas. Todas tenían inscripciones similares: un nombre y el tiempo de vida exacto del muerto. Pero lo que lo conectó con el espanto fue comprobar que el que más tiempo había vivido sobrepasaba apenas los once años...

Embargado por un dolor terrible, se sentó y se puso a llorar. El cuidador del cementerio pasaba por allí y se acercó. Lo miró llorar durante un rato en silencio y luego le preguntó si lloraba por algún familiar.

- "No, por ningún familiar", dijo el buscador. "¿Qué pasa en este pueblo? ¿Qué cosa tan terrible hay en esta ciudad? ¿Por qué hay tantos niños muertos enterrados en este lugar? ¿Cuál es la horrible maldición que pesa sobre esta gente, que les ha obligado a construir un cementerio de niños?" El anciano sonrió y dijo:

- "Puede usted serenarse. No hay tal maldición. Lo que pasa es que aquí tenemos una vieja costumbre. Le contaré...: cuando un joven cumple quince años, sus padres le regalan una libreta como esta que tengo aquí, para que se la cuelgue al cuello. Es tradición entre nosotros que, a partir de ese momento, cada vez que uno disfruta intensamente de algo, abre la libreta y anota en ella: A la izquierda, qué fue lo disfrutado... A la derecha, cuánto tiempo duró el gozo..."

Conoció a su novia y se enamoró de ella. ¿Cuánto tiempo duró esa pasión enorme y el placer de conocerla? ¿Una semana? ¿Dos? ¿Tres semanas y media...? Y después, la emoción del

primer beso, el placer maravilloso del primer beso... ¿Cuánto duró? ¿El minuto y medio del beso? ¿Dos días? ¿Una semana? ¿Y el embarazo y el nacimiento del primer hijo...? ¿Y la boda de los amigos? ¿Y el viaje más deseado? ¿Y el encuentro con el hermano que vuelve de un país lejano? ¿Cuánto tiempo duró el disfrutar de estas situaciones? ¿Horas? ¿Días?

Así, vamos anotando en la libreta cada momento que disfrutamos... Cada momento. Cuando alguien se muere, es nuestra costumbre abrir su libreta y sumar el tiempo de lo disfrutado para escribirlo sobre su tumba. Porque ese es para nosotros el único y verdadero tiempo vivido".

Adaptación de Jorde Bucay.

RESPUESTA:

Esta es **mi** historia, la historia de un buscador. Un buscador, **pienso yo**, es alguien que busca; no necesariamente alguien que encuentra. Tampoco es alguien que, necesariamente, sabe que es lo que está buscando. Es simplemente alguien para quien su vida es una búsqueda, **y así me defino yo**.

Un día, **sentí** que debía **irme** hacia la ciudad de Kammir. Había aprendido a hacer caso riguroso a esas sensaciones que venían de un lugar desconocido de **mi** mismo, así que **dejé** todo y **partí**. Después de dos días de marcha por los polvorientos caminos, **divisé**, a lo lejos, Kammir. Un poco antes de llegar al pueblo, me **llamó** mucho la atención una colina a la derecha del sendero. Estaba tapizada de un verde maravilloso y había un montón de árboles, pájaros y flores encantadores.

La rodeaba por completo una especie de valla pequeña de madera lustrada... La pequeña portezuela de bronce **me** invitaba a entrar. De pronto **sentí** que olvidaba el pueblo y **sucumbí** ante la tentación de descansar por un momento en ese lugar. **Traspasé** el portal y **empecé** a caminar lentamente entre las piedras blancas que estaban distribuidas como al azar, entre los árboles.

Dejé que mis ojos se posaran como mariposas en cada detalle de aquel paraíso multicolor. **Mis** ojos eran los de un buscador, y quizá por eso **descubrí** aquella inscripción sobre una de las piedras: "Abdul Tareg, vivió 8 años, 6 meses, 2 semanas y 3 días".

Me **sobrecogí** un poco al **dar** **me** cuenta de que aquella piedra no era simplemente una piedra. Era una lápida, **sentí** pena al pensar que un niño de tan corta edad estaba enterrado en ese lugar... Mirando a **mi** alrededor, **me di** cuenta de que la piedra de al lado también tenía una inscripción, **me** **acerqué** a leerla y descubrí que decía "Yamir Kalib, vivió 5 años, 8 meses y 3 semanas".

Me **sentí** terriblemente conmovido. Este hermoso lugar era un cementerio y cada piedra una tumba. Una por una, **empecé** a leer las lápidas. Todas tenían inscripciones similares: un nombre y el tiempo de vida exacto del muerto, pero lo que **me** **conectó** con el espanto, fue comprobar que el que más tiempo había vivido apenas **sobrepasaba** 11 años. Embargado por un dolor

terrible, me senté y me puse a llorar. El cuidador del cementerio pasaba por allí y se acercó. Me miró llorar por un rato en silencio y luego me preguntó si lloraba por algún familiar.

- "No, por ningún familiar", le contesté. "¿Qué pasa con este pueblo? ¿Qué cosa tan terrible hay en esta ciudad? ¿Por qué hay tantos niños muertos enterrados en este lugar? ¿Cuál es la horrible maldición que pesa sobre esta gente, que los ha obligado a construir un cementerio para chicos?", le pregunté enseguida. El anciano entonces sonrió y me dijo:

- "Puede usted, serenarse. No hay tal maldición". Luego, me explicó que lo que pasaba era que allí tenían una vieja costumbre. Cuando un joven cumplía quince años, sus padres le regalaban una libreta como la que el cuidador tenía colgada al cuello. Era tradición entre ellos que, a partir de aquel momento, cada vez que uno disfrutase intensamente de algo, abriese la libreta y tomase nota en ella: a la izquierda, qué fue lo disfrutado... A la derecha, cuánto tiempo duró el gozo...

Conoció a su novia y se enamoró de ella. ¿Cuánto tiempo duró esa pasión enorme y el placer de conocerla? ¿Una semana? ¿Dos? ¿Tres semanas y media...? Y después, la emoción del primer beso, el placer maravilloso del primer beso... ¿Cuánto duró? ¿El minuto y medio del beso? ¿Dos días? ¿Una semana? ¿Y el embarazo y el nacimiento del primer hijo...? ¿Y el casamiento de los amigos? ¿Y el viaje más deseado? ¿Y el encuentro con el hermano que vuelve de un país lejano? ¿Cuánto tiempo duró el disfrutar de estas situaciones? ¿Horas? ¿Días?

Así, iban anotando en la libreta cada momento que disfrutasen intensamente... Cada momento. Cuando alguien se moría, era su costumbre abrir la libreta del muerto y sumar el tiempo de lo disfrutado para escribirlo sobre su tumba. Porque ese es para ellos el único y verdadero tiempo vivido".